

Cumbre de Las Américas en Trinidad

# Se abre un nuevo capítulo

Demetrio Boersner\*



Entre el 17 y el 19 de abril de 2009 sesionó en Puerto España, Trinidad, la Quinta Cumbre de las Américas, con el fin de pasar en revista el conjunto de las relaciones entre el norte y el sur del hemisferio y de aprobar lineamientos generales para el futuro. Fue la séptima vez, en el transcurso de los últimos quince años, que se reunieron los jefes de Estado o de gobierno de los dos subcontinentes.

El Proceso de las Cumbres de las Américas se inició en diciembre de 1994, cuando el entonces presidente norteamericano Bill Clinton recibió a sus colegas latinoamericanos y caribeños en Miami, para explicarles su proyecto de Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). En esa oportunidad se resolvió celebrar cumbres ordinarias a intervalos regulares de tres o cuatro años. Además se realizarían cumbres extraordinarias cuando las circunstancias lo exigiesen. En diciembre de 1998 los mandatarios se reunieron en forma extraordinaria en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, para debatir la problemática del desarrollo sustentable. Dos años más tarde, en abril de 1998, se efectuó la segunda cumbre ordinaria en Santiago de Chile, donde nuevamente el ALCA constituyó un tema fundamental. La ciudad de Québec, en Canadá, fue sede de la tercera cumbre ordinaria en abril del 2001, y en esta ocasión se hizo evidente la resistencia de un nuevo nacionalismo regional suramericano al esquema estadounidense de apertura comercial sin compensación de desniveles estructurales ni mecanismos de cohesión social. Una nueva cumbre extraordinaria, celebrada en Monterrey (México) en enero de 2004, mostró con claridad aún mayor las divergencias de fondo existentes entre la posición neoliberal estadounidense y los planteamientos estructuralistas de los latinoamericanos liderados por Brasil. No se pudo acordar ninguna declaración conjunta sobre el tema central, y en la cuarta cumbre ordinaria, efectuada en Mar del Plata, Argentina, en noviembre de 2005, el ALCA quedó *enterrada definitivamente*, como lo anunció triunfalmente el presidente venezolano Hugo Chávez. Por ello, quedaba claro

que la quinta cumbre, en caso de celebrarse, debería dedicar su atención a nuevos temas, distintos del mero comercio interregional.

Barack Obama aprovechó esta cumbre para señalar a los latinoamericanos y al mundo su determinación de adoptar un nuevo estilo político internacional, dialogante y respetuoso de otros regímenes y otros niveles de desarrollo, distinto del estilo de Bush, criticado por *arrogante*. Igualmente demostró su voluntad de ampliar la relación hemisférica Norte-Sur en cuanto a su contenido temático: además del libre comercio, la seguridad y la prevención y represión del narcotráfico, la agenda futura incluirá el desarrollo sostenible de la región y la lucha contra la pobreza.

Pero a la vez que admitió, tácitamente, que su precursor había sido negligente en su trato con Latinoamérica y el Caribe, Obama se negó a mostrarse apologetico o *arrepentido* ante los 33 zorros allí reunidos para *evaluar* al nuevo inquilino de la Casa Blanca en términos de debilidad o firmeza, ingenuidad o realismo, disposición a dejarse manipular o capacidad de ejercer autoridad propia. Demostró que se puede ser cordial en el trato sin por ello dejar de defender principios. Desarmó a un Chávez que vino preparado para *pelear* por Cuba y contra el imperio, mediante un sencillo apretón de manos y las seguridades de que no está herméticamente cerrada la puerta del diálogo. *I want to be your friend* y el preanuncio de un nuevo embajador en Washington fueron las reacciones positivas del Presidente venezolano.

A través de declaraciones propias o de sus subalternos, el Presidente de los Estados Unidos dejó en claro que sus buenas intenciones con respecto al resto del hemisferio no se basan en sentimentalismos sino en una sobria evaluación del interés nacional de su país. Dejó entrever que en su agenda tiene prioridad la lucha contra la recesión y la pobreza en Norteamérica misma. Pero la armonización de las relaciones con América Latina es de interés para Estados Unidos.

Desde antes de la cumbre, Obama ya mostró su realismo diplomático al otorgar trato preferencial a los mandatarios de las dos únicas potencias emergentes de América Latina -Brasil y México-, probablemente destinadas a ejercer poder virreinal sobre la región. Luego de reunirse con Lula en la Casa Blanca, Obama rindió una deferente visita en México a Felipe Calderón, con quien llegó a acuerdos de principio sobre migraciones, comercio y seguridad. Aun-

que en su campaña electoral Obama cedió ante presiones proteccionistas en el sentido de querer *renegociar* el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (ALCAN o NAFTA), ya esa *promesa* está relegada al olvido, para alivio de los mexicanos y de muchos estadounidenses. Igualmente, Obama se ha mostrado claro en su ratificación de la amistad del gobierno estadounidense con Álvaro Uribe y su disposición a promover la aprobación parlamentaria del TLC con Colombia.

El tema que se pronosticaba como *central y álgido* era el del posible levantamiento del embargo norteamericano a Cuba. Hugo Chávez y sus vasallos del Alba se reunieron dos días antes de la cumbre para adoptar un planteamiento conflictivo de denuncia del *bloqueo* y exigencia de su eliminación. Este proyecto se vino abajo cuando Obama se adelantó a anunciar que Estados Unidos, por voluntad propia, ya decidió eliminar la mayor parte de las sanciones a Cuba, por inefectivas y contraproducentes. Sin embargo, tuvo la consecuencia de aclarar que el levantamiento total de las sanciones requeriría pasos convincentes del régimen castrista en materia de respeto a los derechos humanos. Otras declaraciones del gobierno norteamericano parecen indicar que, pese a las sonrisas en la cumbre, Obama no se tapaná los ojos ante el creciente dictatorialismo de Chávez.

En términos generales, la cumbre de Trinidad quedó dominada por la diplomacia personal de Obama hasta tal punto, que por una vez no hizo falta el acostumbrado rol de Lula como buen oficiante o mediador. El saldo del evento fue esencialmente positivo. Por iniciativa del gobernante de Estados Unidos -país cuya mayoría política se desplazó de la derecha a la centroizquierda, con fortalecida atención a los intereses populares y abandono del estilo arrogante- se ha creado un nuevo clima de comprensión y acercamiento entre las dos Américas, algo parecido al que caracterizó la *política de buena vecindad* de Franklin Roosevelt en los años 1933-1945. Al igual que Roosevelt (de izquierda democrática como él), Obama tiene la capacidad de *desimperializar* la política exterior norteamericana por algún tiempo, debido al debilitamiento (¿transitorio?) del gran capital privado frente al Estado democrático regulador.

\*Miembro del Consejo de Redacción.